

CARTAS AL DIRECTOR

El visitador médico contesta

Sr. Director:

En el número 2 del volumen 2 publicado el pasado mes de junio aparecía en la sección «Espacio del Usuario» de esa revista un artículo firmado por el Sr. Sánchez R., responsable de comunicación de FACUA, bajo el título: *¿Qué poder ejercen los laboratorios sobre las recetas?* Después de haber leído con detenimiento dicho trabajo y con la autoridad que creo me conceden mis 37 años de vida profesional al servicio de la divulgación y promoción del medicamento, me gustaría hacer algunas consideraciones sobre los conceptos vertidos en el artículo antes aludido.

Para empezar quisiera hacer unas someras consideraciones históricas sobre mi profesión. Para ello debo comenzar diciendo que, ya en los tiempos de la antigua Grecia existían unos ciudadanos que no eran reconocidos como médicos pero que hacían publicidad y vendían por las calles sustancias, hierbas y otros remedios para curar las enfermedades. Así los *migmatopolos* eran vendedores de medicamentos en lugares fijos y, los *pharmakopolos* que lo hacían de forma itinerante viajando de un mercado a otro. Pero remontémonos a una historia más reciente: los inicios de la edad moderna. A mediados del siglo XVI, aparecen en Centro Europa los primeros «orvietanes», llamados así porque procedían de la villa italiana de Orvieto, los cuales en sus carromatos vendían sus famosas «triacas» que casi todo lo curaban. Hemos de reconocer que estos individuos no eran otra cosa más que charlatanes. El más afamado de todos ellos fue Bartolomé Chiaras, el cual fabricó la denominada «Gran Triaca», un compuesto que contenía todas las sustancias medicinales entonces conocidas (creo que alrededor de setenta) que, mezcladas, al llevar de todo, teóricamente todo lo curaba. Y allá que se lanza con su carromato por media Europa consiguiendo muy buenos logros económicos. Nuestro hombre llegó a imprimir un folleto denominado *Tratado de la Triaca*, que puede considerarse como la primera literatura publicitaria de un medicamento en la Edad Moderna.

Pasaron tres siglos, y ya avanzado el XIX, la industria farmacéutica comienza a investigar y a aportar grandes e importantes innovaciones con las que luchar contra la muerte y mitigar el dolor y la enfermedad de una humanidad azotada por pestes y epidemias. Con el avance de

la industrialización, aquellos laboratorios farmacéuticos van teniendo necesidad de disponer de personal cuya misión sea la de dar a conocer a todos los médicos sus logros y avances, y aunque ya en los años veinte de la última centuria podemos encontrar anuncios en la prensa de laboratorios importantes, comunicando que su representante permanecería determinados días en un céntrico hotel de la ciudad a disposición de la clase médica de 12 a 2 de la mañana y de 5 a 8 de la tarde, yo personalmente alcancé a conocer algunos viejos representantes de farmacia que me contaban cómo, a lomos de caballerías, se recorrían cada primavera y verano todos los pueblos de las serranías de Cádiz y Málaga informando a los médicos rurales de las novedades terapéuticas. También llegué a conocer otro que en sus años mozos viajaba por aquella misma época a las plazas del protectorado Español de Marruecos, podemos imaginar en que condiciones. Estos beneméritos profesionales fueron durante décadas el único y exclusivo contacto que, en aquellos tiempos, el médico tenía con los avances de la terapéutica.

Pero los tiempos cambiaron y aquellas pequeñas industrias elaboradoras de medicamentos, algunas en reboticas de farmacias, se fueron convirtiendo en importantes compañías. Posteriormente, la investigación cada vez más sofisticada y costosa las hizo unirse para aunar esfuerzos y así poder operar en el ámbito internacional. Una vez superada la crisis de las dos guerras mundiales, los países del mundo occidental, entre ellos el nuestro, fueron saliendo de la pobreza y se hicieron prósperos. Y así se fueron cerrando aquellos viejos hospitales dependientes de la caridad o de los ayuntamientos para transformarse en modernos centros hospitalarios con la tecnología más avanzada. También aquellos tercermundistas consultorios y centros rurales de higiene se convirtieron en Ambulatorios y luego en Centros de Salud. Sus médicos, otrora esclavos de su profesión y con 24 horas de servicio cada día, pasaron a denominarse «médicos de familia» con jornada laboral de 40 horas semanales y, toda la ciudadanía sin excepción tuvo acceso gratuito a los servicios sanitarios.

En estas circunstancias el visitador médico que hasta finales de los sesenta iba por esos caminos de Dios (yo entre ellos) sin sueldo ni seguridad social, cobrando si vendía, durmiendo en pensiones de «malamuerte», via-

Nota del Consejo de Redacción: La carta aludida expresa las opiniones de su autor y de la organización que representa, expuesta en el apartado correspondiente de la revista: *El espacio del Usuario*, así como esta carta representa la opinión de quien la firma.

jando a bordo de viejos autobuses, en vetustas motocicletas o, en el caso de algunos privilegiados, en un seiscientos cargado de literaturas y muestras gratuitas, estas últimas destinadas a paliar la necesidad de miles de enfermos que no tenían recursos ni seguro de enfermedad. En esos años, seguíamos siendo los visitantes médicos o representantes de laboratorios el único eslabón que unía al médico con la investigación farmacéutica; era una época en la que la administración los tenía olvidados. Con el paso de los años y ya en nuestros tiempos, el visitador, afortunadamente, se convirtió en un profesional con titulación superior, experto en marketing, informática y otras técnicas de ventas. Obligatoria había que estar a la altura de los nuevos tiempos y de los nuevos profesionales de la medicina. Pero nuestro papel sigue y seguirá siendo el mismo: el de nexo de unión entre la investigación farmacéutica mundial y el clínico que aplica ésta a los pacientes que lo necesitan.

Hoy somos en España alrededor de veinte mil los profesionales que nos dedicamos a la labor de promoción, información y venta de productos farmacéuticos. Veinte mil personas que desarrollan un trabajo digno y honrado al servicio de la medicina y de la sociedad. Que con nuestra dedicación no sólo mantenemos informado y actualizado al médico en los diversos aspectos de la terapéutica, sino que por añadidura, nuestra gestión comercial hace que se mantengan decenas de miles de puestos de trabajo directos e indirectos. Científicos, administrativos, técnicos, obreros, transportistas, industria litográfica, del envase, distribución, farmacias, mayoristas etc. etc. ¿Quién es capaz de negar el elevado montante económico que todos estos miles de trabajadores de la industria farmacéutica aportan con sus impuestos y cotizaciones a la Seguridad Social para su financiación? Pero sobre todo nunca se deberá olvidar que de cada mil pesetas que factura un laboratorio farmacéutico, trescientas revierte en investigación y desarrollo de nuevos y mejores medicamentos. A veces tengo la impresión de que algunos quisieran volver a los tiempos, (que también alcancé a conocer cuando niño) en los que aquellos que podían, iban a Gibraltar o Tánger para traer de contrabando y a precio de oro la penicilina, la estreptomina y las insulinas, vitales para salvar la vida de algún familiar.

Por lo que al visitador médico respecta, insisto, son más de veinte mil las familias que dependen de nuestro honrado trabajo. Pese a ello, algunas personas como la que escribe el artículo objeto de estas líneas, y también algunos gestores de nuestra sanidad, parece que darían cualquier cosa por poder borrarlos del mapa. Parece que el derecho al trabajo y a ejercer una profesión sólo lo debería poseer algunos.

En totalmente injusto que se nos acuse de ser los responsables de incrementar el gasto farmacéutico. Flaco favor

al médico que, al parecer, según estas afirmaciones, no debe tener ni idea de su profesión y se deja guiar, sin criterio propio, por aquello que nosotros le digamos ¡qué barbaridad! Es lo mismo que si a algún inteligente se le ocurriese prohibir los anuncios en televisión o prensa para limitar el consumo de las familias españolas. Claro que afortunadamente nos ha tocado vivir en un país libre, de libre mercado, en democracia y, además, pertenecemos a ese sueño (para los que hemos vivido otros tiempos de marginación y pobreza) como es la Unión Europea. Claro que a lo mejor algunos piensan que sería mejor cambiarlo para instaurar su utópico y particular «mundo feliz».

También se nos acusa de hacer perder al médico no sé cuanto tiempo al día para atenderlos. En mi larga vida profesional jamás me encontré en la situación de que un médico parara una consulta para atenderlos. Quien conozca bien nuestra labor sabe que ella se realiza en esos ratos muertos en los que el facultativo no tiene ningún paciente esperando, o bien al terminar la consulta y, en no pocas ocasiones éste sacrifica diez minutos de su media hora de café para atenderlos. Puedo asegurar que ni un solo minuto es abandonada o retrasada la atención al paciente por nuestra causa. Sostener esto no responde a la realidad, pero además, cuantificarlo, dice muy poco a favor de la buena fe de quien lo afirma.

Otra acusación y esta la más grave, es la de utilizar sobornos, regalos y favores a cambio de recetas. Que poca consideración hace falta tener para creer que el clínico antepone estos beneficios a los estrictamente terapéuticos. Y no quiero decir que no existan corruptelas ¿en qué estamento no las hay? Las hay en política, en las finanzas, en el comercio, en la administración, en los medios de comunicación, en las ONGs y hasta en gentes relacionadas con algo tan espiritual como es la religión, lo vemos a diario en la prensa; pero generalizar es una ignominia. Quien sepa de algún caso concreto, su obligación es denunciarlo. Puedo asegurar que la inmensa mayoría de nuestro colectivo y de nuestras empresas se atienen estrictamente a Ley del Medicamento y a las directivas de la Unión Europea en este sentido, las cuales sancionan tanto al laboratorio como al facultativo, pero insisto: hay excepciones que confirman la regla. Éstas son las que hay que demostrar y perseguir. No nos metan a todos en el mismo saco, es total y absolutamente injusto.

También se dice que damos una información mediatizada de nuestros productos a la clase médica. Y por ello es obligado decir que, toda la información que facilitamos está basada en estudios científicos muy serios y aprobados por las autoridades sanitarias de los distintos países donde se realizan. Aunque si bien es lógico que los más difundidos sean los que ponen de manifiesto las ventajas de un determinado producto frente a otro de la competencia. Y es lógico, ¿alguien puede pretender vender un pro-

ducto sobre la base de manifestar desventajas sobre otro existente? Es regla elemental que se deben destacar los puntos fuertes de aquello que se pretenda vender; pero lo seguro es que ningún profesional de la visita médica, absolutamente ninguno, oculta al médico algo tan importante como son las contraindicaciones, incompatibilidades, interacciones o precauciones especiales. Por añadidura, y por si alguien no lo sabe, todos llevamos en nuestra cartera unos impresos para comunicar obligatoria y urgentemente al departamento médico correspondiente el más mínimo efecto indeseable que el clínico nos comunique y, que pueda ser achacado aun que sea remotamente a nuestro producto. Y ahora pregunto: ¿no es información mediatizada aquella que viniendo de la administración sanitaria se basa exclusivamente en criterios economicistas?

En cuanto a los Congresos Médicos, he de admitir que no se celebra en la actualidad ni uno sólo que no sea financiado casi en su totalidad por laboratorios: Actividades científicas, lúdicas, inscripciones, desplazamientos, alojamientos etc. Hoy día no podrían celebrarse sin este concurso, que de no existir, serían los propios centros de salud y hospitales los que tendrían que sufragar los gastos de uno o varios de sus médicos para que a su regreso informaran a sus compañeros, al igual que

hacen otros sectores de la economía con sus técnicos ¿O preferiría la administración con tal de no gastar dinero que estuviesen al margen de los avances científicos, aislados y sin contacto con colegas de otras lugares? Y por último, que nadie olvide el casi medio billón de pesetas que la industria farmacéutica española aportará en los próximos tres años a la Sanidad Nacional para desarrollo e investigación.

Por razones lógicas de la edad no me quedan muchos años en activo, pero aunque algunos quieran menospreciar mi labor y la de mis compañeros, debo manifestar mi gran satisfacción por haber podido dedicar mi larga vida profesional a la divulgación y venta de especialidades farmacéuticas. Pero por encima de todo, me siento orgulloso de haber podido ser útil a la sociedad y a clase médica a la cual admiro con absoluta veneración. Tras de mí vienen muchos y competentes compañeros de ambos sexos. Jóvenes universitarios licenciados en medicina, ciencias químicas, biológicas, farmacia, veterinaria, empresariales etc. que estoy seguro perpetuarán mi oficio pese a tanta incomprensión y medias verdades.

ANTONIO MARISCAL TRUJILLO
Miembro fundador de la Asociación Profesional de Visitadores Médicos de Cádiz y decano de la misma.